
El gran mariscal Juan Gregorio de las Heras, primer soldado de la expedición libertadora que pisó tierra peruana

El gran mariscal don Juan Gregorio de las Heras, general de tres naciones y conocido en la historia con el nombre de "segundo San Martín" por sus admirables dotes militares y de carácter, era argentino y nació en Buenos Aires el 11 de julio de 1780, esto es, pocos meses después que su jefe y amigo don José de San Martín, del matrimonio del caballero español, comerciante en aquella plaza, don Bernardo Gregorio de las Heras, natural de la ciudad de Guadalajara, y la señora Rosalía de la Gacha, nacida de padres españoles, en la ciudad de Buenos Aires, pertenecientes ambos esposos a familias distinguidas. Recibió Juan una educación esmerada y se dedicó, como su padre, a la carrera del comercio, pero la invasión inglesa le apartó de sus ocupaciones habituales y le llevó, en calidad de simple soldado, a la milicia, enrolándose en las compañías del comercio, organizadas para la defensa de la ciudad contra la invasión británica, portándose heroicamente en aquella oportunidad. Su valerosa conducta le mereció el ascenso a sargento primero y su pase a un cuerpo de húsares que el gobierno había mandado organizar. Según Mitre, a principios del siglo XIX había viajado Las Heras por

Chile y el Perú en asuntos de negocios, países que más tarde debía visitar como libertador.

Treinta años tenía Las Heras y se hallaba en la ciudad de Córdoba cuando estalló el movimiento revolucionario de 1810, e inmediatamente, como otros tantos jóvenes entusiasmados por la causa de la independencia, abandonó los negocios y ofreció su espada a la nación. "Las Heras, dice uno de sus biógrafos, había desplegado en sus primeros ensayos militares aquel valor sereno que le caracterizó en sus mejores tiempos, el mismo espíritu de orden, la misma infatigable laboriosidad en la organización militar. Pero al lado de estas dotes manifestó también el ardor patriótico que distinguía a la juventud de 1810. En esa época Las Heras figuró en el número de los agitadores que prepararon el movimiento popular que dió por resultado el cambio gubernativo del 25 de mayo, y con él el fin de la "dominación colonial". El gobierno revolucionario aceptó los servicios del joven bonaerense y lo envió a Córdoba con el grado de capitán de las milicias organizadas en aquella ciudad. Dos años estuvo allí dedicado a la organización e instrucción de algunos cuerpos de tropas y en 1812 se le nombró capitán en propiedad y jefe de la guarnición de esa plaza; poco tiempo después fué ascendido a mayor. Estaba dotado Las Heras de raras cualidades militares: era valiente hasta la temeridad, audaz en la concepción, rápido en la ejecución y sereno en el peligro y de extraordinaria firmeza de carácter, de suerte que, entregado de lleno a su nueva profesión, se hizo pronto un gran soldado y llegó a ser un gran general; pero como la pasividad de la misión que le había encomendado el gobierno era muy contra su genio y sus aspiraciones, resolvió cambiar de escenario. A mediados de 1813, el gobierno de las Provincias Unidas acordó enviar un cuerpo de tropas en auxilio de los patriotas de Chile al mando del teniente coronel don Santiago Carrera; el mayor Las Heras ofreció entonces sus servicios, y aceptados éstos, fué nombrado segundo jefe de la columna expedicionaria. La división se componía de un poco más de trescientos hombres de infantería, en

su mayor parte cuyanos y cordobeses, y en setiembre de 1813 cruzó los Andes, tocándole la gloria de ser éste el primer contingente militar argentino que salía de los límites del antiguo virreinato de la Plata llevando la bandera de la revolución en auxilio de otros países que luchaban por la misma causa. A la llegada de este pequeño cuerpo expedicionario a Chile, la situación allí era muy crítica, pues estimulados los realistas por las rivalidades surgidas entre los patriotas, habían impulsado las operaciones militares y habían ocupado casi todo el país hasta Concepción.

La pequeña división fué incorporada al ejército que mandaba el coronel MacKenna y su debut en el campo de batalla no pudo ser más brillante. El 23 de febrero de 1814 el arrojado entonces mayor Las Heras libró al ejército patriota de un desastre, al mismo tiempo que le preparaba el camino para una inmediata victoria. MacKenna se había fortificado en El Membrillar esperando los refuerzos que le anunciaba O'Higgins, cuando supo que don Luis Orréjola, propietario de la hacienda Cucha-Cucha, organizaba numerosas guerrillas para hostilizar a los patriotas, y entonces resolvió atacarlas. Así lo hizo; en la noche del 22 del mes arriba indicado salió de El Membrillar a la cabeza de 300 hombres de infantería, 40 dragones montados y dos piezas de artillería; 100 de los infantes eran argentinos e iban al mando de Las Heras. Después de ligeras escaramuzas con las guerrillas, éstas se dispersaron y careciendo MacKenna de medios de transporte para perseguirlas, resolvió regresar a su campamento, pero a poco andar los patriotas se vieron atacados por fuerzas muy superiores, que el enemigo había logrado reunir. La situación de los patriotas era crítica, cuando una impetuosa carga dada por Las Heras al frente de sus cien fusileros dejó libre el paso y la división pudo llegar a salvo a su campamento. Las Heras mereció felicitaciones especiales del gobierno de Chile, con el calificativo de "valeroso", que jamás desmintió en su larga carrera de soldado. El gobierno chileno decretó un escudo de

honor por esta hazaña, con la siguiente inscripción: "*La patria a los valerosos de Cucha-Cucha, auxiliares de Chile. Año 1814*".

Hostilizado por fuerzas superiores MacKenna permaneció un mes atrincherado en El Membrillar, librando frecuentes escaramuzas con el enemigo hasta que a la aproximación de la división de O'Higgins, los realistas lo atacaron en sus posiciones el 20 de marzo, ataque que terminó con un completo rechazo de los realistas. El jefe de éstos, Gabino Gaínza, trató de frustrar la reunión de las divisiones patriotas y precipitó el ataque contra El Membrillar y entonces MacKenna se aprovechó de un error de su contrario y saliendo de sus atrincheramientos con parte de sus tropas, atacó por el flanco al enemigo, infligiéndole pérdidas de consideración y capturándole algún material de guerra. En esta acción se distinguieron nuevamente los auxiliares argentinos. Los patriotas regresaron a sus atrincheramientos, pero los realistas no se atrevieron a atacarlos a la bayoneta, limitándose a soportar con heroica tenacidad el mortífero fuego de la fusilería y artillería de los patriotas y al caer la noche su derrota y dispersión eran completas. La actuación de Las Heras en este combate fué muy brillante y mereció una nueva y calurosa felicitación de sus superiores.

Después de la derrota de Gaínza, reunidas las divisiones de O'Higgins y MacKenna, el ejército tuvo que retirarse al Maule a consecuencia de los reveses sufridos en otros sectores. La columna auxiliar argentina había quedado al mando de Las Heras y bajo sus órdenes combatió en Tres Montes, el paso del río Claro y en la brillante defensa de Quechereguas, mereciendo nuevas distinciones de parte del gobierno de Chile y el ascenso a teniente coronel del de su patria.

Después del tratado de Lircay, juzgándose ya terminada la campaña en Chile, Las Heras resolvió regresar a las Provincias Unidas con sus auxiliares y se retiró con ellos a Aconcagua, esperando la apertura de la cordillera. Pero ocurrió

entonces el desembarque de la expedición Ossorio y sobrevino la tremenda derrota de Rancagua, el 26 de agosto de 1814, y a pesar de los esfuerzos de los patriotas, la caída de la revolución chilena fué inevitable, salvándose de este desastre únicamente el cuerpo de auxiliares del comandante Las Heras.

Viéndolo todo perdido, los patriotas resolvieron emigrar a las Provincias Unidas en espera de mejores días para su causa. Cupo la suerte a Las Heras de proteger esta peregrinación, librando constantes combates con los destacamentos realistas que perseguían a los restos del deshecho ejército patriota y a los civiles que huían de la temible venganza de los españoles. Un historiador hace el siguiente merecido elogio de la actitud de Las Heras en aquella emergencia:

“Después de la derrota de Rancagua, ese valiente soldado tuvo el honor de formar la retaguardia de los que huían de Chile, protegiendo esa emigración y sosteniendo rudos combates con las victoriosas fuerzas españolas. Las faldas occidentales de los Andes fueron entonces teatro de esas acciones heroicas que tenían por objeto salvar las rotas huestes de la patria y la bandera tan cubierta de glorias en Rancagua”.

Trasmontados los Andes, Las Heras se situó en Mendoza con sus auxiliares. Allí echaba ya San Martín los fundamentos del inmortal ejército de los Andes, destinado a dar la libertad a la mitad de la América meridional y a hacer flamear sus gloriosas banderas desde Chacabuco hasta Pasto. San Martín, se dió en el acto cuenta de que ningún colaborador podría tener mejor que Las Heras y le encargó la formación y comando del batallón número 11, que tanta fama alcanzó, sobre la base de sus antiguos auxiliares. La cooperación de Las Heras en la organización del ejército, fué muy valiosa, y, en premio de sus servicios fué ascendido en 1816 a coronel, encargándosele del mando de una división, la de vanguardia: el jefe de la retaguardia en la retirada de 1814, se convertía en jefe de la vanguardia en la invasión de 1817.

Terminados los preparativos para la partida de la expedición que iba a libertar a Chile y luego al Perú, San Martín dividió su ejército en dos cuerpos: una división de algo más de 800 hombres, compuesta del batallón número 11 de los Andes, un pelotón del regimiento de Granaderos a caballo y dos piezas de artillería, suficiente por su fuerza para combatir con los destacamentos enemigos que pudieran salirle al paso, tenía el encargo de avanzar hasta Santa Rosa de los Andes. Su misión era delicada y exigía para desempeñarla un espíritu superior, y San Martín confió su comando al coronel Las Heras. Debía operar este cuerpo en combinación con el grueso del ejército y el paso de la cordillera debía efectuarlo por el camino de Uspallata, mientras el resto del ejército lo hacía por el paso de Los Patos, que está situado a catorce leguas al norte del de Uspallata. El lunes 18 de enero de 1817 salió de Mendoza el coronel Las Heras al frente de su división; la marcha se hizo con toda regularidad, tratando, por cuanto medio fuera posible, de ocultar los movimientos a los realistas. Fué la columna de Las Heras la que libró los primeros encuentros con el enemigo en Potrerillos, La Guardia Vieja y Los Andes. En la madrugada del 2 de febrero, la columna del coronel Las Heras atravesaba por la cumbre de los Andes y descendía al territorio chileno, avanzando sin encontrar oposición hasta el lugar llamado Juncal. El 4 de febrero Las Heras ordenó al entonces mayor y más tarde general Enrique Martínez, que al frente de una columna de 200 hombres atacase el puesto que los realistas tenían establecido en La Guardia, y cuya fuerza constaba de 60 hombres. Los realistas hicieron allí porfiada resistencia, pero al fin fueron vencidos y se rindieron, dejando en manos de Martínez 7 muertos, algunos heridos y 39 prisioneros ilesos, inclusive dos oficiales, pertenecientes al batallón Valdivia.

Reunidas las dos divisiones y hecho cargo del comando en jefe del ejército el general San Martín, continuó éste desarrollando su plan de campaña, hasta librar, y ganar, la batalla de Chacabuco el 13 de febrero de 1817.

Como no es nuestro propósito hacer la historia de la expedición libertadora sino únicamente de la parte que en ella le cupo a Las Heras, seguiremos narrando la actuación de este distinguido militar en aquella memorable campaña. El 8 de febrero ocupaba Las Heras Santa Rosa de los Andes con su columna y desde allí escribía a San Martín: "Mi tropa está a pie y cansada; sinembargo, diga usted lo que quiera y marcharemos"; y, en efecto, cumpliendo su promesa, despachaba un destacamento al mando del mayor Martínez para batir las partidas que aún quedaban con Marqueli en la sierra de Chacabuco, poniéndolas en fuga.

Mientras tanto, el presidente de Chile se aprontaba a combatir a los patriotas y realizaba una concentración de fuerzas en Chacabuco, pero San Martín, aprovechando del desconcierto que reinaba entre los realistas, se adelantó a su contendor, precipitando la batalla, y el 13 de febrero Marco del Pont era completamente derrotado en ese lugar.

Las Heras estuvo allí al mando de su famoso número 11 de los Andes, a cuyo frente dió una brillante carga a la bayoneta.

Después de la derrota de los realistas y ocupación de Santiago por los patriotas, San Martín puso a órdenes de Las Heras una pequeña división de las tres armas, con instrucciones de perseguir al enemigo hacia el sur y frustrarle sus planes de reorganización. Fué ésta una bella oportunidad para que Las Heras acreditase su pericia para el comando superior. Constaba esta división de algo más de 1,200 hombres. El 4 de abril era atacado por fuerzas más numerosas comandadas por un brillante militar, el coronel Ordóñez, en el lugar de Curapaligüe, donde los realistas resultaron derrotados con pérdida de su artillería; el 5 de mayo obtenía otra victoria en las alturas del Gavilán, cerca de Concepción. Al despuntar el alba del indicado día, Las Heras era atacado por las fuerzas combinadas de Ordóñez y de Morgado; la lucha fué encarnizada; toda la artillería de los patriotas había sido desmontada, pero triunfó el valor y la resistencia y los realistas aban-

donaban el campo de batalla, dejando tres cañones, 250 fusiles y 230 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Después de esta acción, el general O'Higgins asumió el mando del ejército y puso sitio a la plaza fuerte de Talcahuano, donde los patriotas sufrieron un grave revés. Conviene recordar un hecho: el general O'Higgins había convocado un consejo de guerra para acordar el ataque a las fortificaciones de esa plaza: dos planes se discutieron, uno presentado por Las Heras y el otro por el general francés Brayer que fué el que prevaleció, sin duda por los elogios que de su capacidad militar hacía siempre Napoleón y que Brayer había tenido el cuidado de propagar en el ejército independiente. Con la nobleza de alma que le era característica, Las Heras se ofreció a tomar a su cargo la parte más pesada del plan de Brayer, mientras este jefe se mantenía fuera de tiro, contemplando el desarrollo del ataque. El valeroso soldado se puso a la cabeza de sus tropas, desenvainó su espada y se la colocó debajo del brazo, ordenó marchar a paso de carrera, y bajo un fuego concentrado infernal de todos los fuertes de la plaza, salvando todos los obstáculos, tomó a punta de bayoneta la batería del Morro, que era la principal y más formídate posición realista. Las Heras supuso que las otras columnas de ataque habían alcanzado sus objetivos y que la victoria era segura y en esa creencia comenzó a dictar sus disposiciones para mantenerse en el terreno conquistado. Pero después de una corta tregua, aclarado ya el día, los realistas reconcentraron todo el fuego de mar y tierra sobre el Morro, y a poco Las Heras recibía de O'Higgins la noticia del rechazo de los ataques en los demás puntos y la orden de retirarse. Bajo el fuego del enemigo, Las Heras ejecutó el movimiento con imperturbable serenidad, después de haber clavado los cañones del Morro, recogido sus heridas y sacado a los prisioneros que había hecho en el combate. Como después de Rancagua, cupo a Las Heras el cubrir la retirada del maltrecho ejército independiente, operación que realizó con maestría.

Después de este desastre, O'Higgins se entregó ardorosamente a la reorganización del ejército y a poner en ejecución las medidas de defensa necesarias en vista del próximo arribo de refuerzos realistas, despachados por el virrey del Perú.

Rehechos los patriotas y reforzados los realistas, se reanudaron las operaciones en grande escala a principios de marzo de 1818, y fué en esta oportunidad donde Las Heras se inmortalizó, a pesar de los brillantes hechos de que estaba ya llena su carrera militar, dando lugar a que se le diese el nombre de Jenofonte americano; el griego dirigió la reítrada de los diez mil y le inmortalizó en su libro; Las Heras salvó una fuerte división en la triste noche del 19 de marzo y dejó el relato de su hazaña a la posteridad (véase el Apéndice número 1); y merced a su heroica actitud, sobre esos restos se organizaba un nuevo ejército, que, en los campos de Maipú, apostaba para siempre el poder del león ibero en Chile, afianzando la independencia de ese país. Desde los primeros días en que ambos ejércitos desarrollaban movimientos estratégicos, el español, mandado por Ossorio, era más numeroso; el patriota, comandado por San Martín, más decidido, más sólido y más entusiasta. Las operaciones se efectuaban en las cercanías de la ciudad de Talca, que servía de base a los realistas. En las primeras horas de la noche del 19, los realistas cayeron de sorpresa sobre los patriotas en Cancharrayada y dispersaron parte del ejército en la más terrible confusión, pero cuando todo era un caos, mediante inauditos esfuerzos, Las Heras logró mantener el orden en la división que le estaba confiada, y salvó más de 3,000 hombres y 12 piezas de artillería y después de una admirable retirada de 80 leguas, la ponía a órdenes de San Martín, quien lo recibió con los honores de vencedor.

Veintidós días bastaron al gran capitán para reorganizar sus fuerzas y deshacer definitivamente a los realistas el 5 de abril en los campos de Maipú. En esta gloriosa y decisiva jornada, Las Heras mandaba el ala derecha de la línea de batalla y a la cabeza de un batallón libró sangriento duelo con

los realistas, siendo uno de los que más contribuyó a la victoria.

Consumada la independencia de Chile, San Martín redobló sus esfuerzos para preparar la expedición libertadora al Perú; Las Heras fué nombrado mayor general del ejército y en calidad de tal dirigió todos los aprestos del cuerpo expedicionario, hasta su embarque en el puerto de Valparaíso el 20 de agosto de 1820.

Después de una navegación feliz, la escuadra libertadora llegó el 7 de setiembre a la bahía de Paracas, a unas nueve millas al sur de Pisco, procediéndose inmediatamente a hacer los preparativos de desembarco. Eran las 4 de la mañana del día 8 cuando se desprendían de los costados de los trasportes las lanchas conduciendo a las fuerzas libertadoras, echándose primero a tierra una compañía del batallón número 11 de los Andes, a manera de avanzada o descubierta, para limpiar la playa de enemigos que pudieran haberse emboscado en ella. El almirante Cochrane había dispuesto que la goleta "Montezuma", que estaba armada de una, para aquellos tiempos, poderosa colisa de a 24, penetrase en la bahía y protegiese el desembarco, en caso de necesidad, pero los realistas no se habían preocupado de impedir el desembarque, ni siquiera de estorbarlo, y ante tan favorable circunstancia, éste continuó efectuándose tranquilamente y tres horas después estaba en tierra la división compuesta de los batallones números 7 y 11 de Buenos Aires y número 2 de Chile, dos piezas de artillería y medio escuadrón de caballería, perteneciente al regimiento de Granaderos. Mandaba esta fuerza el general Gregorio de Las Heras (el Gregorio es apellido). Serían las 10 de la mañana cuando un escuadrón realista se acercó por la playa para observar los movimientos de las fuerzas libertadoras. Las Heras tomó sus disposiciones militares, pero no hubo efusión de sangre, porque apenas se puso a tiro de la colisa de la "Montezuma" unas cuantas granadas pusieron en fuga y dispersión a las fuerzas realistas.

Terminado el desembarque de la división, su equipo, armamento y parque, se puso en marcha hacia las 2 de la tarde en dirección a la villa de Pisco. Era un cuadro emocionante: sólo Las Heras y su ayudante iban montados en caballos traídos de la escuadra: los demás jefes, oficiales y tropa de caballería y artillería iban a pie, caminando por la arena, en que se hundían hasta los tobillos, llevando sus monturas a las espaldas o en la cabeza, dando una prueba de disciplina y alta moral militar. Cansados y sedientos después de tan fatigosa marcha, los soldados de Las Heras llegaban al ponerse el sol a la vista de la población de Pisco. Ocupada ésta, se la halló completamente desierta; los habitantes habían huído temiendo las atrocidades de los invasores, según las versiones propaladas por los realistas para restar adeptos a la causa de la libertad. Un venerable nonagenario, el único vecino que se halló en el pueblo, declaró a Las Heras que ocho días antes se había publicado un bando por las autoridades realistas, mandando, bajo pena de la vida, que en cuanto se avistara la escuadra libertadora, los vecinos se retirasen al interior.

Una vez que todo el ejército hubo desembarcado y asumido el comando de él el general San Martín, Las Heras reasumió su puesto de jefe de estado mayor, atendiendo a las necesidades del servicio, preparativos para la expedición a la sierra, que se había encomendado a la división del general Arenales, etc., hasta el reembarco de la expedición en Pisco y su desembarque en Huacho en los días 10 a 12 de noviembre. San Martín estableció su campamento en Huaura, atendiendo desde allí a las operaciones militares y hostigando a los realistas en forma tal, que los obligó al fin a evacuar la capital del virreinato y dirigirse a la sierra; es decir, que alcanzó una notable victoria sin derramamiento de sangre. El 6 de julio de 1821 quedaba Lima evacuada por el gobierno español y el 9 era ocupada por la primera división del ejército libertador, sin resistencia, pues ésta la limitaron los realistas a la plaza del Callao, que, al retirarse el virrey al interior, dejó a cargo del mariscal de campo don José de La Mar.

Inmediatamente que San Martín ocupó Lima, ordenó establecer el sitio riguroso del Callao, por mar y tierra. Las fuerzas sitiadoras fueron puestas a órdenes de Las Heras; los combates eran casi diarios y muy encarnizados. El 26 de julio los sitiados intentaron una salida formal, que fracasó por las oportunas medidas adoptadas por Las Heras; el 14 de agosto Las Heras intentó un audaz golpe de mano. Sabía el general que la mayor parte de los días quedaban abiertas las puertas del Real Felipe y que no se levantaban los rastrillos y entonces resolvió intentar apoderarse de la fortaleza, para lo cual organizó una columna de 1,500 hombres, y la lanzó a paso de carrera sobre el castillo; pero como la distancia que los patriotas tenían que recorrer desde Bellavista era larga, los realistas tuvieron tiempo de aprestarse a la defensa y recibieron a los atacantes con una lluvia de balas. El golpe fracasó y los patriotas se replégaron a su campamento con pérdida de 10 muertos y 17 heridos.

En la biografía del mariscal La Mar nos ocupamos más extensamente del sitio y capitulación de esa plaza.

Cuando el general Canterac bajó a la costa y amagó Lima, por los días 5 y 8 de setiembre, las fuerzas sitiadoras fueron puestas a órdenes del coronel Manuel Reyes y Las Heras recibió encargo de perseguir a los realistas, que se volvían al interior por la quebrada de Macas, pero con instrucciones de no librar una batalla, sino de tratar de disolverlos; la deserción durante la marcha de los realistas fué tal, que perdieron casi la mitad de su infantería y quedó destrozada su caballería; una imprudencia de Miller ocasionó a los patriotas un serio revés en Huamantanga el 23 de setiembre y aprovechando de esto, los españoles siguieron su retirada tranquilamente.

Vuelto a Lima, Las Heras fué nombrado consejero de estado del gobierno del Perú el 8 de octubre de 1821, y el 22 de diciembre del propio año, recibía la investidura de gran mariscal del ejército peruano.

El mariscal Las Heras regresó a su país disgustado con San Martín, siendo ésta la causa del desacuerdo: el Protector se había dado cuenta de la urgente necesidad de organizar un ejército peruano, que debía ser el fundamento de las instituciones nacionales cuando llegase el caso de que los auxiliares extranjeros volviesen a sus países y el Perú quedase entregado a su propia suerte; la manera como se portaba la división de Chile había dado este convencimiento al generalísimo y para llevar a cabo su propósito, tenía necesariamente que herir la susceptibilidad y el orgullo de los meritorios soldados, que tenían el cuerpo cubierto de cicatrices y el pecho de medallas y condecoraciones ganadas en las homéricas lides del Alto Perú y Chile. El resultado de este proyecto fué una fermentación subterránea contra el Protector y, valiéndonos de la expresión de un historiador "San Martín vivía sobre un volcán", ignorando en su apacible retiro de la Magdalena, la tempestad que se cernía sobre su cabeza. Dos colombianos eran el alma de la conspiración, el general Juan Paz del Castillo y el coronel Tomás de Heres. Según Paz Soldán, durante la persecución de los realistas por la división de Las Heras en dirección de la quebrada de Canta, estando el ejército en la hacienda de Caballero se produjo un intento de revolución para deponer a San Martín, movimiento que abortó debido a que el jefe del batallón "Numancia", coronel don Tomás de Heres, no sólo se negó a secundar el plan, sino que lo denunció. El historiador chileno Vicuña Mackenna relata en distinta forma este incidente, alegando que el mismo general Las Heras se lo refirió en 1861. Dice Las Heras que comía en su casa acompañado del general don José de la Mar y del coronel don Diego Paroissen, cuando recibió un aviso del gobernador eclesiástico anunciándole que la tropa del Numancia cargaba sus armas a bala y que se preparaba una revolución contra San Martín; que a consecuencia de este denuncia que resultó, según se afirmaba, una intriga del ministro Montegudo, San Martín convocó a una junta de oficiales generales en la cual interrogó a Las Heras, y éste a su vez a Heres

y al general chileno Pinto, cuyas respuestas fueron evasivas. Confiesa Las Heras que tuvo la intención de matar allí mismo a Heres, pero que San Martín lo evitó, interviniendo oportunamente, ordenándose a Heres su inmediata salida del Perú. Como decimos más arriba, disgustado Las Heras con la demoralizadora actividad del ejército, con las tentativas de revolución y con las intrigas de los políticos peruanos, resolvió regresar a su país, informando antes a San Martín de cuanto sabía. Las revelaciones del pundonoroso militar sobresaltaron al Protector. He aquí como relata esta escena el mismo Las Heras, escena que tenía lugar en una de las salas de palacio, sin testigo alguno, mientras los dos interlocutores se paseaban en la habitación en sentido opuesto:

— Supuesto que usted sabe lo que ocurre en el ejército, general Las Heras, debe usted saber quiénes son los conspiradores?

—Lo sé, pero mi honor me impone reserva.

—General Las Heras,— rugió San Martín con voz ronca y llevando la mano al pomo de su espada— recuerde usted que soy su jefe y que me debe usted la verdad por entero.

—Sí, pero ni con la muerte me arrancará usted una deslealtad. El general Las Heras no será nunca un delator,

Cuando, llena el alma de amargura por la ingratitude de los hombres, San Martín volvía a su patria, aquellos dos nobles corazones se encontraron durante la obscuridad de una noche en Santiago, y al reconocer San Martín a Las Heras, lo abrazó muy emocionado y le dijo:

—General, usted ha sido el único que me habló la verdad en el Perú. ¡Dios se lo pague!

Las Heras llegó a Valparaíso a principios de febrero de 1822, después de 27 días de una penosa navegación; de Chile siguió a Buenos Aires, de cuya provincia fué gobernador en 1824, en lugar del general don Manuel Rodríguez, por haber éste terminado su período legal. Según Mitre, el gobierno de Las Heras ha sido uno de los mejores que ha tenido Buenos Aires, pues “cumplió la ley, administró bien las rentas, hizo

prosperar el país, le dió respetabilidad dentro y fuera y trabajó con éxito por la organización nacional por medio de la reunión de un congreso, que se verificó en Buenos Aires en 1824”.

En enero de 1825 se encargó Las Heras del mando supremo de la nación, tocándole, como gobernante, la declaratoria de guerra al Brasil. Realizada bajo sus auspicios la unidad nacional y nombrado presidente de la república don Bernardino Rivadavia, Las Heras hizo entrega del mando al nuevo presidente el 7 de marzo de 1826 y se dirigió en seguida a Chile, donde tenía fijada su residencia su esposa, con el fin de establecerse también él allí definitivamente, apartándose para siempre de las agitaciones de la vida política.

En Chile tuvo que experimentar momentos de amargura viéndose privado de su grado militar y pensiones debido a su negativa a reconocer el gobierno surgido de la revolución de 1830, hasta que el congreso de 1842 le devolvió el goce de sus títulos y honores.

En 1861 el gobierno de Chile aprovechó de los servicios del prestigioso militar y le encomendó la jefatura de la inspección general del ejército, puesto que desempeñó hasta fines de 1864. El gobierno chileno premió los servicios de Las Heras con un obsequio de 60,000 pesos en deuda del interior del 3 por ciento.

Las Heras falleció en la ciudad de Santiago de Chile el martes 7 de febrero de 1866, en medio del general sentimiento del pueblo, y el gobierno chileno tributó excepcionales honores a los restos del insigne guerrero.

Años después, en 1906, el gobierno argentino solicitó del de Chile permiso para repatriar los restos del héroe de Cancha Rayada; concedido éste se envió a Valparaíso el crucero “25 de Mayo” con una embajada especial encargada de la recepción y transporte de los restos a Buenos Aires. Grandes fueron los honores rendidos en la República Argentina a esos gloriosos despojos, declarándose día feriado el 20 de octubre, en que fueron desembarcados en Buenos Aires. La “Revista

Nacional" de Buenos Aires publicó entonces un número especial de 145 páginas, profusamente ilustrado, dedicado todo él a narrar las fiestas y honores con que fueron recibidos en su país natal, los restos del que fué gran mariscal del Perú, don Juan Gregorio de Las Heras. Al Perú le toca honrar de una manera digna la memoria del primer soldado de la expedición libertadora que pisó su suelo.

**GENERAL JUAN GREGORIO DE LAS HERAS.—
CAMPAÑAS Y ACCIONES DE GUERRA
EN QUE SE HA HALLADO**

Hizo la campaña del sur de la república en el ejército auxiliar de las provincias unidas del Río de la Plata, en los años de 1813 y 1814, a las órdenes del señor general, don Juan Mackenna. Se halló en la acción de Cucha Cucha el 12 de febrero de 1814; en la batalla del Membrillar el 20 de febrero del mismo año, en la que fué recomendado especialmente, en la retirada que hizo el ejército hasta Querecheguas; en la acción del Paso del Río Maule, los días 2 y 3 de abril; en la acción de los Tres Montes y combate del Río Claro, el 4 del mismo mes; y en la acción de Querecheguas el 5 de dicho mes.

El XI de octubre del citado año, sostuvo la retirada y protegió la emigración de patriotas que se dirigían a Mendoza, teniendo con las fuerzas españolas que las perseguían, dos acciones de guerra al repechar la cordillera, en la cuesta denominada de los Papeles. El 17 de enero de 1817, al mando de una columna que debía obrar independientemente del ejército de los Andes, que se componía del batallón número XI, 30 granaderos y dos piezas de artillería de montaña, pero que formaba parte de la expedición libertadora, emprendiendo su marcha sobre esta república por el camino de Uspallata; el 25 del mismo mes batió y derrotó una división de seiscientos

hombres que estaba de observación en el lugar denominado los Potrerillos.

El 4 de febrero del mismo año, atacó de este lado de la cordillera una fuerza compuesta de 100 infantes, al mando de dos oficiales de la misma arma y de un oficial y soldados de caballería que se habían fortificado en el lugar llamado la Guardia, de cuyas fuerzas quedaron muertos 59 individuos de tropa y prisioneros los dos oficiales de tropa y 43 soldados escapando solo el oficial de caballería; en esta acción se tomaron al enemigo 57 fusiles, 10 tercerolas, 4,000 tiros de fusil a bala y algunas cargas de víveres.

El 8 del mismo batió en la Villa de los Andes, una partida de 60 hombres que se hallaba de guarnición en aquel punto, la que dejó en su poder 2,200 tiros de fusil, 60 caballos, 4 cureñas con avantrenes y ruedas de repuesto para el calibre de a 4, dos carros, mucha munición de cañón, 20 fusiles, algunas herramientas, un botiquín completo, 100 líos de charqui y 200 sacos de galleta. El 12 del mismo se halló en la memorable batalla de Chacabuco, a las órdenes del señor brigadier don Miguel Soler, jefe de estado mayor. El 28 del mismo mes marchó al sur, al mando de una columna compuesta del batallón No. XI, un escuadrón de granaderos a caballo y 4 piezas de artillería de batalla, con el objeto de ocupar la provincia de Concepción, que estaba en poder del ejército español. En su marcha y en el lugar denominado Curapaligüé, rechazó con ventaja el día 4 de abril, un ataque que emprendió sobre las fuerzas del general Ordóñez, a quien persiguió hasta la ciudad de Concepción, sin darle tiempo a posesionarse de ella. El 20 del mismo batió en las vegas de Talcahuano, dos guerrillas que intentaban reconocer sus puestos avanzados.

El 5 de mayo, hallándose situado en el Cerro del Gavilán con la división de su mando, compuesta de 1,000 hombres de las tres armas, rechazó un ataque que el mismo general Ordóñez, al mando de doble fuerza, emprendió sobre este punto, originándole una pérdida de 124 muertos, tomándole 80 prisioneros, incluso tres oficiales, 3 piezas de artillería con sus

municiones y juegos de armas completos, 6 mulas de tren con sus atalajes, de 20 cajones con 320 tarros de bala y metralla, 23,000 tiros de fusil, 9,000 piedras y 203 fusiles. El 1.º de julio de dicho año, recibió orden del señor general don Bernardo O'Higgins, a quien había entregado el ejército, de sorprender los puestos avanzados del enemigo, a fin de reconocer el estado de la plaza de Talcahuano, o de obtener algunos conocimientos de ella; fué tal el arrojo con que atacó dichos puestos, que no sólo los precisó a abandonar sus posiciones, sino que los persiguió y acuchilló sobre los fosos que circundaban la plaza, tomándoles un prisionero que dió al jefe del ejército los detalles que necesitaban.

Se halló en los dos sitios que se le pusieron a la plaza de Talcahuano, y en las cuales había diariamente encuentros o hechos de armas. El 6 de diciembre del mismo, fué nombrado jefe de una columna de 1,060 infantes que asaltaron dicha plaza, y de cuyas fuerzas perdió 650 hombres entre muertos y heridos. Este ataque si bien no dió el resultado que se deseaba, no por eso dejó de llenar de gloria a los individuos que componían dicha columna. Sostuvo la retirada que hizo el ejército desde Concepción hasta San Fernando en el año de 1818, y al abandonar aquella ciudad, hizo saltar las fortificaciones que existían en ella, en cumplimiento de las órdenes que había recibido del señor general O'Higgins. El 19 de marzo de 1818 se halló en la sorpresa de Cancha Rayada, y gracias a su serenidad, arrojo y pericia militar, pudo reunir 3,500 individuos, sostener con ellos la retirada y avances del enemigo; como asimismo, evitar que cayesen en poder de éste, 12 piezas de artillería y todas las municiones que existían en la plaza de Rancagua, y que después fueron de tanta utilidad al ejército que se organizó nuevamente.

El 5 de abril del mismo año, se halló en la gloriosa batalla de Maipú, y encargado del mando del ala derecha del ejército que se componía de 4 piezas de artillería de grueso calibre, 12 piezas volantes de a 4, y tres batallones de infantería, fué el primero que se posesionó de la casa de Espejo. En esta ba-

talla tomó al enemigo 8 cañones de a 4, 4 banderas, 12 carpas, mucha munición de cañón y de fusil, varios cajones con granadas de obús y de mano, y otros útiles pertenecientes al ejército contrario. Nombrado jefe de estado mayor del ejército libertador del Perú, por despacho de 25 de marzo de 1820, hizo la campaña de aquella república, desde el 20 de agosto de dicho año, hasta el 18 de diciembre de 1821. El 11 de julio de este último año, puso sitio a la plaza del Callao, el cual presidió ya como jefe de estado mayor, o ya como general en jefe; teniendo todos los días ataques con las fuerzas sitiadas en las salidas que éstas hacían de la plaza, o en los reconocimientos que se practicaban de ella.

Mandó en persona el ataque que se dió a los castillos, y aunque no fué posible posesionarse de ellos, se consiguió de tal modo imponer al enemigo, que no se atrevió a hacer más salida hasta su rendición. El 14 de agosto del citado año 21, siendo general en jefe, marchó en busca del ejército español que viniendo de la sierra, por el camino de Monterrico, se dirigía a los castillos, y no habiendo sido posible evitar su entrada a éstos, les puso nuevamente sitio, hasta que habiendo salido de ellos, los persiguió en su retirada, precisándoles a repasar la cordillera y tomándoles algunos prisioneros en su marcha.

Condecoraciones

El 23 de febrero de 1814 se le concedió por el gobierno de Buenos Aires, un escudo al brazo izquierdo por su brillante conducta, en la acción de Cucha Cucha.

El 12 de febrero de 1817, el gobierno de Chile le concedió una medalla de honor, por haberse hallado en la batalla de Chacabuco. El 5 de abril de 1818, se le concedió por el gobierno de Chile, una medalla por la batalla de Maipú, y el gobierno de Buenos Aires le condecoró con un cordón de plata. El 2 de noviembre de 1818 se le hizo oficial de Legión de Mérito de Chile. El 10 de diciembre de 1821 se le dió el título y medalla de fundador de la Orden del Sol. El 9 de enero de

1823 recibió la medalla concedida a los jefes del ejército libertador del Perú.

Comisiones

Desde octubre de 1814 hasta enero de 1817, permaneció en Mendoza, en la organización del ejército que debía obrar sobre este país. El 25 de marzo de 1820, como se ha expresado más adelante, fué nombrado jefe del estado mayor del ejército libertador del Perú. El 19 de junio del mismo fué nombrado jefe de estado mayor del ejército de los Andes. El 14 de agosto de 1821 fué nombrado general en jefe del ejército.

El 8 de octubre de 1821, fué nombrado consejero de estado del gobierno del Perú. El 22 de diciembre del mismo, fué nombrado gran mariscal de aquella república. El 8 de agosto de 1823, fué nombrado por el gobierno de Buenos Aires, ministro plenipotenciario cerca de las autoridades españolas en el Alto Perú, habiendo llegado hasta Suipacha, de cuyo punto no pudo pasar adelante por habérselo impedido el general Olañeta, que se había sublevado contra el virrey. El 2 de abril de 1824 fué nombrado gobernador de la provincia de Buenos Aires. El 1.º de noviembre de 1843, fué nombrado comisionado ad hoc del gobierno de Montevideo cerca del de esta república. El 24 de noviembre de 1863, recibió un despacho del presidente de la República Peruana en que se le nombraba miembro nato de una sociedad titulada: "*Fundadores de la Independencia del Perú*".

Federico Jorge Bunster, capitán y segundo ayudante de la inspección general del ejército:

Certifico: que la presente hoja de servicios es copia de la que existe en el archivo de esta oficina.

Santiago, diciembre 31 de 1864.

F. J. Bunster.— V.º B.º— González, ayudante general secretario.

Carlos A. Romero.